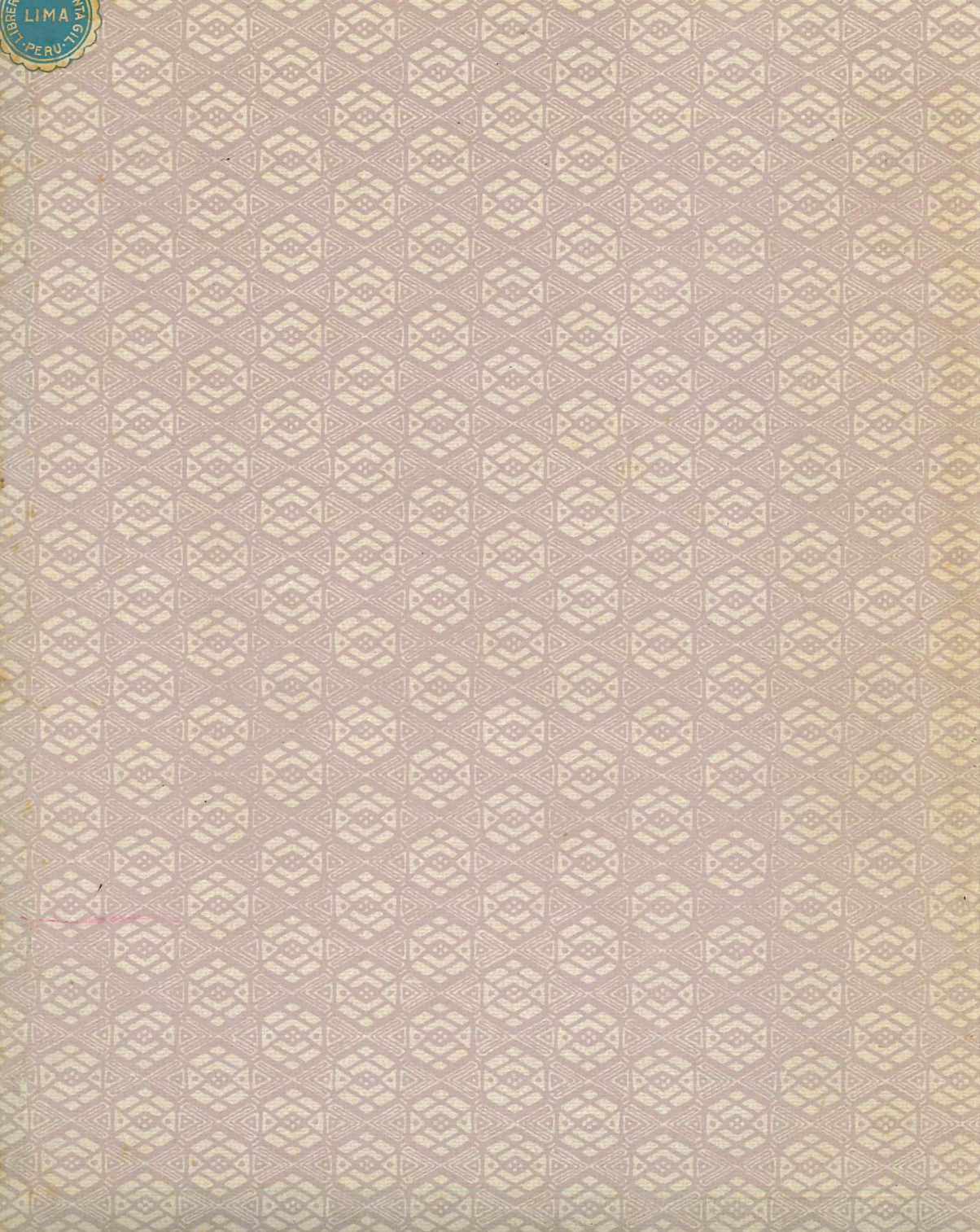


Zoila Miranda de Ibérico

LIBRERIA
LIMA
PERU 1910



MARIANO IBERICO

NOTAS
SOBRE EL PAISAJE DE LA SIERRA

Editorial Lumen S. A.

1937

A mi mujer, Folia Marián de Herio,
de lico estos paisajes me encantan,
¡Como siempre! - Siempre amado.

Mariano Herio

Viniflor - 30-X-38-

NOTAS SOBRE EL PAISAJE

DE LA SIERRA

MARIANO IBERICO

NOTAS

SOBRE EL PAISAJE DE LA SIERRA

1937

INTRODUCCION

Yo no pretendo realizar en estas páginas, obra literaria. Más exactamente, el propósito que las inspira no es principalmente literario. Mi deseo es más bien suscitar el sentimiento que, a falta de otro nombre mejor, podríamos llamar metafísico o religioso del paisaje serrano.

Debo añadir que en este empeño, las páginas que siguen reivindican un modo de la sensibilidad que, sin duda, muchos han de considerar como anticuado. Ya ha desaparecido la reverencia cósmica, y la nueva poesía no hace sino proyectar en un espacio indiferente, las frías imágenes de su disimulado aunque meticuloso artificio. Ya las imágenes, las ideas, las palabras no están suspendidas en el aliento de una emoción religiosa, ya no están rodeadas por un halo de misterio y de magia, ya no vienen del más allá del alma, ya no palpita en ellas la sagrada palpitación de una vida que las impregna y al propio tiempo las desborda.

Así, estas páginas se reclaman del pasado; sólo que este pasado no debe confundirse con un resto arqueológico sino que más bien es comparable al rayo invisible y eterno que necesi-

ta ser interceptado para brillar. Y ese rayo invisible y eterno, pasado y actual es el romanticismo, o sea la forma de sensibilidad que postula una alma en el Todo y que siente la propia vida personal como una radiación de la vida entera.

Breves indicaciones sobre la naturaleza psicológica y la resonancia espiritual del paisaje, definirán, acaso, así la inspiración como el sentido de las notas que se van a leer.

El paisaje, como todo espectáculo estético, tiene algo de irreal porque lo que se ve, no son cosas sino imágenes es decir, presencias, formas que valen por sí mismas y que nos encantan como una poesía o como una música.

Mas en esa contemplación o mejor, en la contemplación de esa irrealidad, se nos entrega algo que no es ni cosa ni imagen: el alma, la vida. No es cosa porque la cosa es exterior e indiferente; no es imagen porque no es visible; pero está en la imagen como un rayo que parte de ella. El alma, la vida, es como el ultra violeta de la pura visión. El lago que vemos en el cielo no es un lago, es su imagen; es una mera fantasía, pero viva o, lo que da lo mismo, es una imagen que en su resplandor verdoso nos envía la invisible radiación de su vida. Y de este modo en el paisaje recogemos, no la noción de lo que existe sino la vida musical e indefinible de lo que parece: la vida de la imagen.

Y todo paisaje es lejano e inaccesible.

Und kein Wanderer noch durchquerte das Abendrot.

Y ningún caminante atravesó jamás la roja fulguración
de la tarde. (Klages).

Las imágenes del paisaje resplandecen inaccesibles y puras como una visión de fantasía, son la fantasía de la materia y se despliegan en un escenario de donde nos separa un velo sutil pero infrangible.

Y sin embargo, lejanas como las estrellas, las imágenes del paisaje están en nosotros. Son nuestra propia lejanía, y por eso nos suscitan, junto con el sentimiento melancólico de la distancia, la inexplicable impresión metafísica de que en la zona encantada de la contemplación, las distancias a la vez que se mantienen, se borran, y de que al propio tiempo que se alejan, se tocan los extremos en que se polariza la vida del espacio y del alma.

Las imágenes son el cuerpo del espacio, y la vida de las imágenes, su alma. En el mundo de las imágenes, que componen el paisaje, el espacio no es el medio vacío y homogéneo de que nos hablan los filósofos. Al contrario, el espacio es la luz en que flotan las figuras de la visión, el espacio es el color que las viste, la lejanía en que se pierden y el lugar en que brotan. El espacio es el más allá donde nunca estaremos, el abismo del que vuelven las voces ignotas y el licor de nostalgia y de anhelo que los ojos absorben. En fin, el espacio del paisaje es siempre una plenitud, aunque esa plenitud sea la de la soledad y de la nada.

De esta suerte el paisaje es un mundo de presencias lejanas pero íntimas, irreales pero vivas, y un espacio pleno cuyas innumerables perspectivas proponen itinerarios de maravilla al vuelo imaginario.

Pero hay algo más en la vida de las imágenes; un algo que ya no viene del espacio sino de las más distantes regiones del tiempo; porque en el paisaje fulge el pasado con una luz extraña que confiere a sus visiones una como inmaterial profundidad y que las hace más lejanas todavía. Así, por ejemplo, cuando en las noches de la puna vierten las constelaciones su esplendor silencioso recordamos que los antiguos peruanos veían en la Lira, la imagen de una *llama*. Y entonces brilla también para nosotros —a través del tiempo y del espacio— la llama sideral, la llama sagrada de los indios. De este modo en la figura inaccesible de la Lira palpita, en la noche, honda y misteriosa como el tiempo, el alma de un ayer sin retorno. Y así al llenarse de nostalgia toda la vasta esfera de los cielos, pensamos en la palabra del gran Novalis: “La naturaleza es puro pasado”.

Y aquí se requieren unas cuantas palabras que expliquen el contenido forzosamente limitado de estas páginas. Sólo se trata en ellas de algunos grandes temas del paisaje serrano: los ríos, las nubes, los cerros, etc. Y así la emoción que las alienta tiene algo de abstracto. No he realizado la labor de artista que consistiría en proyectar cuadros concretos, individuales,

inconfundibles. He procurado más bien destacar las imágenes tipos, las apariencias más o menos constantes, los gestos representativos del panorama de la sierra. Y dudo mucho haber logrado sugerir, en lo constante, lo fugaz y en lo fugaz, la esencia de la fantasía cósmica que en ese panorama se revela.

Yo no conozco toda la sierra del Perú, ni podría agotar en unas cuantas páginas todos los aspectos del paisaje serrano. Son notas limitadas por el espacio y por el tiempo. Componen tal vez un cierto acorde, pero ese acorde no es sin duda el único, ni el más expresivo ni el más profundo.

Otros escritores peruanos se han ocupado del paisaje serrano. Yo no pretendo igualarlos, pero me uno a ellos en el reverente homenaje al alma enigmática que se configura en la petrea fisonomía de la sierra.



MITO Y PAISAJE

INTI

El alma, la vida es como el ultra violeta de la pura visión. Por eso la imagen mítica no es una mera figura luminosa y remota, sino una presencia que irradia juntamente la luz y la vida. Por eso el sol —fúlgido, distante y fecundo— representa en el espacio celeste lo que representa el mito en el espacio del alma. Y por eso, en fin, los cultos solares ofrecen al estudioso de estas misteriosas expresiones de la esencia del hombre, un doble interés: el que despierta la visión mítica en sí misma y el que atañe a las relaciones sagradas y secretas entre el astro y la esfera vital donde luce.

Contemplado desde este punto de vista, el culto solar de los antiguos peruanos realiza una perfecta armonía entre la imagen y la vida, entre el sol como objeto físico de contemplación y el sol como encarnación propicia de potencias germinales y animicas. Inti es el sol en la plenitud de su doble naturaleza: es el astro que brilla en el cielo y el antepasado le-

gendario del Inca, el que infunde la vida en las plantas y el que impone a los hombres las reglas inviolables de la policía y del trabajo.

Como es sabido, los civilizadores míticos de los hombres, Manco Cápac y Mama Ocllo, son hijos del sol. De esta suerte, bajo el patronato solar se ponen todos los beneficios de la cultura, tanto los que derivan de la organización social como los que atañen al aprovechamiento de las potencias y de los frutos naturales. Y como, además, el sol es quien provoca en el seno de la tierra la germinación vegetal, resulta que hay una admirable continuidad en la marcha progresiva de la acción solar que, por mediación del Inca, pasa de la configuración meramente biológica de los seres a las realizaciones más altas y más específicamente humanas del espíritu.

Inti era un dios, pero el sentimiento metafísico de los indios jamás llegó a identificarlo con el supremo autor de las cosas. Ese supremo autor es Huiracocha quien hace salir del Lago en tinieblas juntamente al sol y a los hombres. Inti es así, como Apolo, un hijo de la noche. Como él, nace en medio de las olas, y hay asimismo en su destino algo que lo asemeja al dios helénico, puesto que Inti, como Apolo, debía irradiar, con la luz que suscita las formas del paisaje, la claridad que alumbra el ámbito interior de la vida.

El paisaje serrano con su geología atormentada y su cielo de indescriptible pureza nos proporciona un como primer fundamento de la veneración de los indios peruanos por el sol.

El sol es la luz que inunda el espacio, ahuyenta las sombras temibles de la noche, reverbera en las nieves eternas e infunde una como majestuosa plenitud sobre el horizonte de las mesetas desoladas. El sol es el color y la forma, es el esplendor integral, el punto supremo, dominador del firmamento.

Por otra parte, el sol es el ígneo dispensador del calor y del fuego, título eminente a la adoración en las altas regiones de la sierra donde el aire es glacial y reina la nieve durante una gran parte del año. El paisaje y el clima despertaron, pues, en el habitante de la sierra la adoración del sol.

Pero los indios adoraban de modo principal al sol naciente. Como los licios, amaban la navidad solar y gustaban de contemplar el astro, en la tierna semi oscuridad de su aparición, "húmedo como un niño". Tenían que impresionar a los indios peruanos esas magníficas y puras auroras de la sierra, esa inexpresable transfiguración de la tiniebla en claridad, ese solemne crescendo sinfónico que, envolviendo en su inmensa unidad todas las formas y todas las incipientes tonalidades del color, pasa del abismo sombrío de la noche al violeta, al celeste, al azul y en fin a la pura luz en que cada cosa tiene su propia coloración y suena como una voz libre, feliz, incontenible en la triunfal algarabía del cosmos.

Y en esa adoración se manifestaban sin duda sus aspiraciones más secretas e íntimas. En ese cotidiano nacimiento del sol se exaltaba, seguramente, la melancólica humildad de la raza. Para el indio era el espectáculo supremo, la epifanía cuyo

esplendor distante deslumbraba su visión y compensaba con su gratuita abundancia la oscura limitación de la existencia. El nacimiento del sol era para el indio una hora santa, un momento de embriaguez y de plenitud en que por obra de la luz alcanzaba la participación extática en el arcano inexpresable del mundo.

Los adoradores de Mitra, el genio de la luz, a quien los romanos llamaban "sol invictus", sacrificaban, en sus ritos ocultos y nocturnos, un toro cuya sangre era para los iniciados, alimento de vida inmortal. Ese sacrificio se hacía en conmemoración de una hazaña del dios consistente en haber dado muerte a un toro fabuloso y haber provocado con su sangre la vida terrestre. El rito era, en cierto modo, una renovación de la hazaña divina y se integraba con un complejo simbolismo astral y metafísico. Los adoradores peruanos del sol sacrificaban al astro en cada amanecer una llama, la cual era inmolada con la cabeza dirigida hacia el levante.

Y he aquí como la mera observación de este sacrificio, sencillo, parece entregarnos la revelación del pathos que caracterizaba la religión solar de los peruanos. Esta ofrenda de la llama era, quien sabe, una ofrenda de salutación a Inti, o tal vez un sacrificio mágico con el objeto de provocar o acelerar el nacimiento del sol, o quizá también un acto propiciatorio para obtener en las horas venideras los ansiados beneficios del astro. De todos modos era un sacrificio matinal, símbolo de un anhelo primitivo y triste que busca la luz, aspira al calor y

paga con la cruenta inmolación del animal bien amado el advenimiento cotidiano del sol. Por donde se ve que mientras el sacrificio mitriaco es un símbolo de inspiración dualística y agónica, puesto que la muerte del animal constituía la condición necesaria de la vida, el rito peruano es un simple acto de adoración, un voto materializado, un dolor que se ofrece en la humildad y que, al igual que las sombras de la noche, disipa sin esfuerzo la claridad del día.

Inti es la potencia cósmica de la universal bendición. Ese carácter benéfico, pródigo, gratuito de la acción solar lo sentían los peruanos no sólo en el esplendor del paisaje y en los dones preciosos de la tierra, no sólo creían reconocerlo en la sabia organización paternal que presidía el Inca; lo percibían, por modo singular, en las propias ceremonias del culto que no simbolizaban únicamente la veneración y la gratitud de los mortales sino que, como lo ha visto muy bien Garcilaso, constituían en muchas ocasiones fiestas suntuosas y abundantes banquetes con que el sol regalaba a sus hijos.

Tal era por excelencia, el Intip Raimi (la fiesta del Inti) que se celebraba en el Cuzco pasado el solsticio de junio. Entonces, al despuntar el sol, el Inca brindaba en su copa de oro, con su padre. Luego el propio emperador, ya no como hijo del sol sino como representante de la divinidad, brindaba con sus nobles y después con el pueblo. Por manera que en la chicha ritual se desparramaba el regalo, se difundía la bendición paternal del astro, que de esa suerte se ofrecía cual una

dádiva suprema en el licor sagrado engendrador del entusiasmo y en el deslumbrante apogeo matinal de la luz.

El sol de la sierra posee una admirable potencia de configuración plástica. Talla, define las apariencias del paisaje. Pule las superficies y afila las aristas de las rocas. Recorta sobre el cielo profundo el perfil de la lejana cordillera, colma de sombras los abismos. Y lo más prodigioso: parece que su luz impusiera silencio a las cosas y les confiriera una como solemne y vibrante inmovilidad.

De esta suerte fulge Inti en el espacio de la naturaleza y en el ámbito anímico como el elemento supremo de estabilidad y de perfección. De él parten los rayos de la energía configuradora y vivificante, a él vuelven —como los áureos reflejos del ídolo que se venera en el Coricancha— las miradas y las plegarias de los hombres, por él se mantiene, orgánica y armónica, la economía secular del imperio. Y así, como lo nota profundamente Klages, el sol y el Inca, que es su encarnación sobre la tierra, son el centro vital, la cabeza y el corazón del círculo cósmico y humano que gira en torno a su fascinante majestad.

Por todo lo cual, el mito de Inti y las ceremonias rituales con que se saludaba su aparición, nos revela con viva claridad algo que acaso constituye el principio fundamental de la conciencia mítica, a saber: que ella es siempre una conciencia de la totalidad concreta de la vida, totalidad que vibra en la luminosa irradiación de sus imágenes. Los indios, que se exta-

siaban ante la aparición deslumbrante de Inti, vivían en esa visión toda la vida. El sol brillaba desde el fondo de su pasado legendario como brillaba desde el fondo del cielo, y al levantarse sobre las crestas de los Andes vertía una luz que no era simplemente luz, sino alma. El paisaje iba brotando del seno de la noche, también como un niño, mientras los indios prosternados y absortos aspiraban la húmeda ternura maternal de la tierra.

EL RITMO DEL PAISAJE SERRANO

No hay en el paisaje de la sierra la trágica alternancia de la vida y de la muerte. Aquí no muere la vegetación ni se sepulta bajo el helado manto del invierno. Por lo mismo, aquí tampoco se despierta el sentimiento cósmico y jubiloso de la resurrección de la luz ni del renacimiento vegetal. Aquí las flores se abren todos los días, y en todos ellos el mismo sol inunda con su esplendor sin sombras los espacios azules. La periodicidad de los días y de las noches no se inserta en los cambios más lentos donde pulsa con ritmo solemne la vida de la naturaleza. Las estaciones no se contrastan ni se excluyen. Y de esta suerte nuestro paisaje cambia y se renueva sin duda pero no vive, como el paisaje europeo, en una como religiosa sumisión a las grandes oscilaciones cósmicas.

Desde diciembre hasta abril, dominan el paisaje, ora la gris opacidad de la lluvia en que los colores se apagan, ora la iluminación solar en que se avivan. En estos meses los campos tienen una coloración verde y fresca, y algo tierno y misterioso palpita bajo la sombra de los árboles. En mayo comienzan a madurar los sembríos de cebada y trigo; coronan

cual erizada cabellera de oro el lomo de las colinas, se desbordan por las laderas y cubren pródigamente las tibias hondonadas y las extensas pampas. Junio y julio son meses brillantes y fríos, llenos de la alegría de las trillas. En el triste y claro agosto, silba el viento en las gargantes de los Andes, inclina las copas de los árboles y levanta en cegadores remolinos, el polvo de las reseca campiñas. En agosto vuelan los chicos sus cometas, y tiene yo no sé qué melancólica poesía ver cómo, a veces, las vistosas cometas, símbolos de radiante alegría y de infantil confianza, penden, medio deshechas, de los alambres del telégrafo en las callejas de las aldeas silenciosas. Se mueven, prisioneras, a impulsos de un viento que ya no dominan, y sus colores palidecen como una vida inútil. Setiembre y octubre son meses primaverales y floridos; las retamas vuelven profusas a los campos, y en las huertas los duraznos y manzanos prodigan sus exquisitas florecillas de porcelana blanca y rosa. En fin viene noviembre, mes de raras aunque furiosas tempestades que, con los súbitos oscureceres de la naturaleza que ellas provocan. y con su fulgurante acompañamiento de rayos, componen un como violento preludio de la estación que llega.

LA NOCHE

La noche es primordial, anterior. No sigue al día sino que, al contrario, lo precede y lo engendra. La noche es fecunda como la nada. De su oscuro seno brota la luz y nace el sol "húmedo como un niño".

Es la profunda noche de la sierra, llena de silencio y de resonancias ignotas y lejanas. Mientras en la altura brilla el ardor glacial de los astros, en lo bajo palpita la tiniebla. Y por eso en el mundo de las noches serranas vive el alma -estos dos infinitos: el de la serenidad que contempla y el de la inquietud que se agita y crea.

Aquí, bajo estos cielos de cristal, las estrellas son verdaderamente las voces de la noche, y en su profusión incontable, pueblan de armonía pitagórica las esferas del espacio y del alma. ¿Por qué os calláis?, preguntaba Asunción Silva a las estrellas. Pero las estrellas no se callan; cantan, emiten el acorde inefable, la música permanente que escuchaba bajo el cielo de Italia, el místico legendario del Número.

Los cerros forman un como negro anfiteatro de ásperas graderías y en lo alto tiemblan las luces de la noche. Es una

fulguración que llena el infinito y que lanza sobre la tierra una lluvia imponderable de plateadas saetas. Todo es claro, puro, sereno, inmaterial en la bóveda del cielo. Es la luz que no alumbra y sólo brilla, es la oscuridad más no la sombra. Es la procesión sideral, la marcha inmóvil del Cosmos.

En la tierra, el silencio sólo deja pasar los ruidos naturales: el susurro del follaje, el murmullo del agua, los aullidos de los perros videntes, los quejidos de la entraña herida. El dolor en que germina la vida, el fuego sombrío que alimenta su eterno florecer, el mal y el secreto trágico de la luz habitan y trabajan en el fondo del abismo nocturno. Y yo pienso que nunca como en las noches de los Andes, tan puras y vibrantes en el cielo, es más misterioso el enigma que nos propone la tenebrosa faz de la tierra.

Hay noches serenas en que el cielo se ilumina a intervalos con unos resplandores misteriosos que emergen de los confines del espacio. Son fulguraciones repentinas y fugaces, relámpagos lejanos tal vez o acaso los anuncios del sol que pugna por brotar del seno maternal de la noche.

LA LUZ

Corre el tren en medio de los campos. Las retamas prodigan, al borde de los caminos, sus alegres corolas amarillas. Más allá pasa el misterio de los bosques de eucaliptus y resplandece la verde y húmeda coloración de los sembríos. Hay en la tranquilidad de la mañana una como canción sin palabras. La canción palpitante, serena y clara de la naturaleza, la invitación difusa que el alma no rehuye.

Yo he visto otros campos risueños, y otros cielos azules han brindado su espacio a la aventura indecisa de mi anhelo. Pero entonces el cielo y el agua y las dulces flores de retama sonaban de otro modo. Eran la música de la primavera. Eran como un *allegro*. Hoy el campo es un *adagio* lejano en cuya melancólica armonía suena, como una flauta pastoril, el ayer.

La sierra es triste. Ora en el paisaje de la piedra que se yergue o se abisma en una constante expresión de hostilidad y de tragedia, ora en la música humilde de las campiñas que susurran sin término la monotonía de su desesperanza. La sierra es triste, pero hay en la vibración de su luz un alarde triunfal en que se ahoga la tristeza. La luz del medio día es pura,

dominadora, implacable; a la caída de la tarde parece condensarse en las masas ardientes de las nubes y baja desde allí para dorar, con exquisita levedad, la sombra.

Se ha dicho del sol que es el pintor más admirable, y eso es cierto; mas en cada región pinta con un estilo diferente. En la sierra el sol no divaga, no diluye las formas ni busca efectos impresionistas. Posee todos los secretos de la cromática y obtiene combinaciones de una sin par delicadeza, pero nunca —o casi nunca— olvida el contorno, la figura, la línea. Por todo lo cual puede decirse que, a excepción de los crepúsculos en que es romántico, el sol de la sierra trabaja siempre como un clásico.

Y no sólo es pintor; es también escultor. Configura, pule; plasma los objetos, les da contornos, corporeidad, relieve. Hace que la vista no sólo vea sino que también toque, palpe. Así, el sol suscita por doquier la ilusión del volumen, define las aristas de las rocas y hasta confiere una falaz solidez a las masas de las nubes errantes.

Los aspectos y, sobre todo, la expresión del paisaje mudan maravillosamente por obra de la luz. Cuando una nube pasa por delante del sol, hay en el paisaje un como efecto de pedal, un *pianísimo*; las mismas notas vibran todavía pero apagadas, sombrías, profundas y más tenues. La nube se aleja o se disipa, y es como si en la armonía de los colores al-

quien oprimiera otro pedal, porque todos suenan con una fuerza inesperada en el brutal apogeo de la luz.

Pero en lo que el sol de la sierra es verdaderamente incomparable es en la pintura del vacío o, más exactamente, del espacio lleno únicamente de luz. Entre el campanario de la Iglesia lejana y yo, está el espacio. No hay nada en ese espacio. Pero yo veo en esa nada una presencia, siento la palpitación de algo como un fluido poderoso, y hasta me parece oír una imperceptible crepitación eléctrica. Es la pura luz, la onda visible e invisible, el verbo silencioso que hace brotar las cosas del abismo primordial de la noche.

Y viene el crepúsculo con su acompañamiento de melancólica meditación. Al igual que un pasado radiante que vierte sobre las sombras de la vida su claridad de fantasía, así las nubes recogen el resplandor del sol ya oculto y lo vierten, como una lluvia de oro, sobre la tierra oscura. Es cual un nuevo y fugaz amanecer, como un acorde final en que renace, se exalta y se apaga toda la sinfonía de la luz.

Nadie podría describir la armonía de ese celeste acorde; nadie podría pintar las mil variedades del color, los mil matices inefables que diluyen en el espacio una resonancia de piedras preciosas. Tonos transparentes e irreales del lila, del verde, del rosa. Tonos acariciantes como plumas y que se impregnan, se degradan y se disipan los unos en los otros. A veces una nube sombría, larga y de piel rugosa como un caimán, divide el cielo en dos grandes océanos. A un lado flo-

tan islas incandescentes, al otro, una infinita extensión verdosa pone una etérea lejanía, una transparente serenidad sobre la línea de los cerros.

Así como las decoraciones de un teatro —por virtud de un sabio artificio de iluminación— cambian lentamente de color, así algunas tardes, las nubes vaporosas, inmóviles, flotantes, pasan del limón al naranja, al rosa, al rojo, y luego se van consumiendo como ascuas sobre la transparencia turquesa del espacio. Estos cielos son verdaderamente la imagen incomparable de lo etéreo, la realización difluente más pura, más ideal e inefable de la imaginación universal.

Y así se va apagando en el silencio la música del día, mientras en el confín del alma brillan los versos indecibles:

Tag meines Lebens!
Gen Abend geht's...

La noche —araña sin premura— deposita uno a uno sus velos funerarios. Y parece que esos velos fúnebres no sólo apagarán la luz sino también las voces del paisaje. Es una marea ascendente de silencio y de sombra que cubre las playas cada vez más distantes de la claridad crepuscular.

LA LUNA

Filtrase un resplandor verdoso a través del follaje de los eucaliptus, es la luna que sale. Fulge como un brillante engastado en el anillo negro de los cerros, platea el borde indeciso de las nubes y extiende su caricia magnética por toda la cóncava inmensidad del cielo.

La luna tiene un prestigio hipnótico. Todo se inmobiliza en su presencia; los objetos toman yo no sé qué contorno rígido, yo no sé qué fisonomía estática.

La luna en la sierra es la reina celeste y solitaria, hermana de la nieve, cuya letal caricia pone sobre la faz de las cosas, la augusta lividez y la calma glacial de la muerte.

Pero la luna es también la gran maga de la sombra. Ella crea todo un mundo de formas, toda una fantasmagoría inagotable con la materia tenebrosa de la noche. Y si la vida huye de su luz, se refugia en la sombra donde urde sin término la trama invisible de su inmortal intriga.

Pálidas nubes tentaculares acechan el paso de la luna. La captan y la cubren con una capa de cenizas. Pero la luna sigue su ritual ascensión, mientras las nubes se deshacen.

LAS NUBES

Las nubes se disgregan en blancos filamentos y componen sutiles filigranas de plata como esas que se venden en las ferias de los pueblos serranos, o se esponjan y rizan, o flotan en copos cándidos o se desbordan como espuma sobre el lomo de los cerros lejanos. Las nubes juegan en el azul el blanco juego de su caprichosa inestabilidad, y su reino es el de una Penélope invisible que hace y deshace, no sólo el encaje maravilloso de sus manos celestes, sino sus propias hebras, y que hasta disipa los vellones en la nada, para suscitarnos de nuevo e hilar otra vez los hilos de su interminable labor.

Poco a poco los hilos dispersos, los copos flotantes se disuelven en la uniforme blancura de velos sedosos que se desgarran para dejarnos ver, aquí y allá, como una mancha oscura o como un abismo, el azul; que avanzan cautelosos sobre la faz del sol, la empañan un momento y lentamente se retiran o se deshacen, o se pliegan o enrollan y pierden, con su levedad, su radiante blancura.

Por encima de las montañas de piedras se alzan otras de extraña geología y sobre cuyas crestas flamean unas in-

móviles llamaradas blancas. Más lejos, como arrojadas por estos volcanes gigantescos, inmensas masas oscuras, como un presentimiento, suspenden sobre nuestras cabezas su plomiza amenaza. Anuncian el predominio de lo gris y la borrosa tristeza de la lluvia.

Siempre sobre la línea de los cerros, un brochazo horizontal pinta una zona color de pizarra semejante a un lago cuyas aguas se virtiesen sin ruido sobre la franja amatista de la cordillera. Es el lejano aguacero de la puna. Y más tarde, un gris de acero que sustituye totalmente al azul, ofrece a la mirada el espectáculo monótono de un mar sombrío y grávido

En algunos crepúsculos el cielo es, por obra de las nubes, una verdadera orgía geográfica. Continentes rojos, archipiélagos de plumizas islas, mares celestes, remotos lagos verdes, manchas indecisas como las que señalan en los mapas la profundidad de los océanos o la dirección de las corrientes marítimas. Por estos cielos viaja la fantasía, navega sobre mares turquesa, desembarca en playas bermejas y retorna a la tierra ya en sombras, llena de una visión encendida y falaz.

El relámpago —hijo de la nube— es la imagen de la instantaneidad. En un cielo plumizo dibuja su zig-zag repentino, o brota en una nube grávida suspendida entre los cerros y el azul. Pero siempre su fulgor es súbito y violento como un alatazo de la luz.

En la noche su resplandor violado crea el paisaje, como Dios, de la nada. Pero la iluminación se pierde en la sombra hasta que otro fulgor suscite una nueva apariencia. Y así, este continuo aparecer y morir del paisaje se nos antoja la representación de los innumerables universos de luz, que brotan, fulgen y se abisman en el seno insondable y sombrío de la Nada, de la Noche, del Tiempo.

LA LLUVIA

Es un velo de pena que imprecisa el paisaje y suele conferirle la gris vaguedad de los viejos recuerdos. A veces parece un humo leve, otras es como una cortina de hilos verticales y consistentes y, en ocasiones, como un tul que deja ver, sobre los cerros inaccesibles y lejanos, la luz del sol. Mientras aquí lloran los árboles, allá canta la luz. Allá en la remota lontananza donde nunca estaremos.

Il pleure dans mon cœur
Comme il pleut sur la ville

El indio podría decir, llueve en la puna como llueve en mi corazón. Y el golpeteo de sus tamboriles y el paso de sus danzas, de monótono ritmo, y la repetición incansable del mismo tema por sus flautas no son, acaso, sino la expresión de la lluvia que minuto a minuto, cae sobre el aterido corazón de su raza.

Cuando pasa la lluvia, todo queda quieto, mientras el olor de la tierra húmeda, como una emanación femenina, llena el paisaje de una sensual ternura.

LOS EUCALIPTUS

Los eucaliptus son los negros fantasmas que la luna suscita en el espacio transparente. Oscilan levemente, se inclinan y se yerguen con magestuoso ritmo, y llenan sin turbarle, con su rumor marino, el misterioso silencio de la noche.

Eucaliptus, árbol de la sierra, árbol triste, sombrío, y en medio de tus semejantes, solitario.

Como la espiral de una plegaria dolorida subes hasta el cielo y allí te pierdes, mientras tus hojas azuladas musitan las palabras indecibles de tu secreta confidencia. Tú recoges la palpitación del Ande y la transmutas en la religiosa melancolía de tu vida. Por tu tronco vertical sube la dura savia de la sierra, en el perfume de tu resina, destila su tónica fragancia y en el misterio de tus bosques se agitarán acaso las miriadas aún desconocidas de sus genios.

LOS CACTUS

En las cercas, desempeñando funciones de custodia y defensa, crecen los cactus. Hay uno que se llama gigantón cuya figura semeja un candelabro y cuyos brazos erizados de espinas elevan al cielo, en actitud votiva, unas magníficas flores níveas de denso perfume, en el cual se respira una mezcla turbadora de elevación y de deseo.

Las tunas exhiben sus verdes paletas que bordean los frutos ovoides y que se parecen a los pies chatos de los indios.

Y al ras del suelo, las pencas azulosas se abren como flores de cuyo seno brota, inútil y vulgar, el maguey.

Los cactus con sus armas temibles, siempre están al borde, al margen como diríamos ahora. Pues aunque los han puesto con un objeto de custodia y defensa, jamás hieren a nadie, y miran el camino arcilloso por donde pasan los rebaños de llamas y de ovejas sin que el más leve vellón se quede nunca entre sus garras.

Sus heridas son ponzoñosas, pero los cactus nunca atacan. Y así erigen sus espinas inútiles, estas pobres fieras inofensivas de la vegetación.

LAS FLORES DE RETAMA

Las flores de retama se dan gratuitamente, generosamente. Son como pequeñas lámparas cuyas luces sirven tan sólo para alegrar el alma y cuyos dulces rayos tan sólo se propagan en el espacio de la meditación. Son flamas de tenue luz que el sol no apaga sino al contrario enciende. Decoran profusamente las orillas de los largos caminos, ponen sobre las tapias el derroche de su alegría campesina y cuando viene la noche se apagan para difundir en el aire glacial y silente, el regalo de su perfume, la odorante transmutación de su luz.

La retama es la flor de la sierra.

En la multiplicación de sus corolas adorables, encontramos la imagen de las pequeñas alegrías en que la vida es pródiga. Son sin duda incontables, pero por más que se prodiguen, nunca pueden llenar el espacio sin fin donde fulguran.

Hay en su color yo no sé qué mezcla indecisa de oro y azul, yo no sé qué reminiscencia evanescente del verde de los campos. Las retamas son como una pequeña canción, como un fino madrigal en que un poeta innominado hubiese comprimido, junto con el ardor de su pasión, la etérea inconsistencia de su esperanza.

LOS PUEBLOS

Hay pueblos téticos, oscurecidos por el humo. Pueblos de nombres metálicos —Ticlio, Yauli, Casapalca— como los minerales en que se asientan. Sin un árbol, con sus techos de zinc ennegrecidos y sus casas chatas, esos pueblos parecen una excrecencia de la piedra, y manchan como una oxidación grisácea, la desnudez de la ladera.

Hay también pueblos risueños, morosos, incoloros. Casi siempre se los descubre a la vuelta de un camino, con sus techos rojizos y su campanario ruinoso sobre la vieja iglesia. En esos pueblos se condensan el tráfico, el chismorreo y el aburrimiento de la sierra. Entre sus casas blancas, una que otra recuerda el paso de la civilización española, con sus grandes portales, sus ventanas de reja, sus balcones tallados que cuelgan del techo como jaulas, y sus claros patios donde crecen, cuidadas, las flores de los campos. Por sus calles, verdaderas quebradas que han excavado los torrentes, pasan los rebaños de ovejas y de llamas, los bueyes de labranza, los hacendados en sus caballos de paso y algún raro automóvil que trepida sobre las piedras desiguales. En el centro de la

plaza cubierta de yerba, hay una fuente, y en las salidas que conducen al campo, puentes de piedra o de madera sobre las acequias malolientes sombreadas por sauces melancólicos.

Los cementerios de los pueblos serranos parecen fortalezas. Altas, gruesas murallas con torreones en las esquinas, defienden su recinto. Generalmente existe un cementerio viejo, ya clausurado por exceso de población, y otro nuevo. Como quiera que en éste, un "panteonero" inexorable sólo da ingreso a los muertos previa cancelación de los derechos parroquiales y de beneficencia, sucede que muchos deudos indigentes acuden al cementerio viejo, perforan los recios muros y logran enterrar los pobres restos bajo una cruz piadosa en la tierra sagrada. Yo he visto en Cajamarca una de esas brechas por donde, nuevos caballeros medioevales, irrumpían los muertos hacia la conquista del sepulcro.

Y así los pueblos de la sierra —monótonos, callados— están llenos de una poesía que ellos no sienten y que, emanando de su propia humildad, los nimba como la aureola invisible de los santos.

En el ambiente claro, frío, triste de estos pueblos he tomado las breves notas que transcribo:

Pasa la reina del carnaval en un camión profusamente decorado con papeles de colores. La reina va vestida con una fantasía provinciana que quiere reproducir un traje verdadera-

mente imperial, y el cortejo avanza acompañado por el cadencioso lamento de una música indígena.

Nada me ha producido una impresión más aguda de lo exótica que es la alegría carnavalesca en nuestra sierra: los papeles son el reflejo de la influencia china, el reinado es un producto bovarystico de la más modesta democracia. Y no es que todo esto sea una máscara, porque ahí está para borrar todo el vano colorido asiático, toda la irónica presunción de lujo, la música — ella sí auténtica y triste y monótona y desesperanzada — con la incurable tristeza del paisaje y del alma.

Nada hay tan desgarrador como la alegría de los indios.

En el carnaval de Huancayo recorren las calles, en largas comparsas, hombres y mujeres de caras embadurnadas y trajes vistosos. Estas comparsas avanzan describiendo espirales y bailan incansables al compás del quejumbroso huainito. Pero lo que da su sentido al espectáculo de este regocijo son los gritos que a intervalos profieren los danzantes; voces inarticuladas que parecen aullidos, lamentos animales, brotados de la entraña herida y que crisan de dolor y de angustia el aire glacial de la altura.

Y esta es su alegría, su fiesta.

Los pueblos suelen tener sus ferias semanales. En ellas se congregan los indios de los alrededores; llevan sus manufacturas (cántaros, tapices, canastas), sus ganados (bueyes,

llamas, ovejas, caballos), los productos de sus tierras, en especial yerbas medicinales, y también llevan brujerías — amuletos, bebedizos, filtros.

Los mercados orientales están llenos de la algarabía de los pregones y de los interminables regateos. Estos mercados de la sierra son más bien silenciosos. Las transacciones son breves y el regateo casi no existe. Con todo, las plazas humildes de los pueblos se animan en las ferias con el rumor apagado de los diálogos lacónicos y el colorido de las llicllas y de los ponchos iluminados por el esplendoroso sol de la altura.

Terminada la feria retornan los indios a sus punas desérticas, a sus caseríos olvidados, a sus chozas perdidas. Y avanzan por los caminos, lentos, taciturnos e excitados por una embriaguez quejumbrosa, hasta reintegrarse, ya apagada la tarde, en la primitiva soledad de su vida.

LA CACHUA EN CAJAMARCA

Yo he visto bailar la cachua en Cajamarca. Es un baile tan fino, tan enigmático, tan infinitamente delicado que es imposible describirlo. La india, cuyo plisado anacu se infla ligeramente en las suaves vueltas de la danza, está más bien inmóvil. Con la cabeza inclinada, los ojos fijos en la tierra, las manos caídas, golpea el suelo con los talones al compás de la cachua, pero su cuerpo apenas si se agita con sobresaltos leves y rítmicos. Desplázase cual una sombra y gira lentamente llevando, fascinado, en la dirección de su cadencioso movimiento, al indio. Este, que danza con las piernas ligeramente encogidas, describe un amplio círculo en derredor de la pareja. Pero no avanza, no la persigue, no la coge; hay entre él y ella una zona infranqueable, absoluta. Y así, ella permanece en el centro y él, como un astro, sigue su órbita fatal, atraído y repelido a la vez por la llama sagrada, objeto inaccesible de su extático anhelo.

El aire es frío, la luz crepuscular, la música de flauta y caja borda una melodía triste, monótona y golpeada como la lluvia. Alguna rara vez se cantan coplas.

Bailan los bailarines transfigurados por la danza, envueltos en el prestigio desconocido que viene desde lejos, desde los confines de un pasado abolido, desde las entrañas de una vida hermética, desde Dios sabe qué fatales predestinaciones de la raza y del alma. Al fin la música termina con un golpe de caja y una nota estridente de la flauta. Es un grito final y único en que se rompe el encantamiento de la danza. Y los danzantes se separan y vuelven —inconscientes, extraños al rito que se ha cumplido en ellos— a la simple materialidad de su indiferencia melancólica.

Hay en esta danza humilde, el sentimiento platónico de la absorción mística y de la distancia absoluta. El indio, fascinado por la rítmica inmovilidad de su pareja, la contempla y la sigue; la ama, pero no intenta transponer la zona mágica que la separa de ella. Su fascinación, al par que lo pierde y anula ante la presencia inasible, conserva la distancia. Así la india, absoluta y lejana (como una imagen) y el indio, visionario y enaginado (como un místico), constituyen los polos de una tensión indisoluble. Y así, en fin, el Amor —Eros, en su significación más esencial y auténtica— une, aquí como en el Cosmos, lo que está separado, y dispensa, cual una gracia paradójica, la presencia de la inasequible lejanía, en el propio corazón de la vida.

LA MUSICA DEL INDIO

La música del indio parece que brotara, no tanto del corazón dolorido de una raza, cuanto de la desolación de su paisaje. En esa música se destila una confianza cósmica. Es como la canción de la piedra que exhala la queja monótona de su inmóvil, de su implacable soledad. Y por eso es de un dolor supremo, el dolor que se ignora, que no sabe que es dolor y que existe, en cierto modo, fuera de la conciencia, como un destino incommovible cuya dureza configuran las rocas.

En Cajamarca, los indios usan un instrumento ululante, el clarín. Es una larga caña, que el músico yergue como si quisiera lanzar su aliento al infinito, y por la cual se exhala un lamento de incurable pena. Transportada por el viento a largas distancias, esa queja suena como una emanación de la naturaleza. Vaga por el espacio sin que nadie sepa de donde viene y suele poner en la infinita nostalgia de los atardeceres lluviosos y mustios, algo como el reclamo ignoto de un mundo todavía más triste.

LOS CERROS

Uno de los aspectos más interesantes e imponentes del paisaje serrano, y el que talvez constituye su principal característica, es lo que podríamos llamar la orgía geológica. Levantamientos, depresiones, retorcimientos de las enormes moles; capricho de crestas que se yerguen en el azul, de precipicios vertiginosos, de suaves declives que bruscamente se detienen cortados por un tajo vertical, de gargantas cuyas rudas paredes casi se tocan y a cuyo fondo sombrío apenas llega la angosta zona luminosa del cielo, de cadenas ondulantes como serpientes, de nudos cuyos hilos se enlazan en forma inextricable. Y siempre la aspereza de la piedra, la majestad en que se han inmovilizado las convulsiones de la tierra, la historia milenaria que ora superpone sus edades sucesivas, ora trastrueca su orden temporal para dejar en lo alto las más remotas y en la profundidad las más recientes.

Los Andes levantan sus masas informes, inhospitalarias y abruptas como una colosal negativa. No quieren la vida, la rehusan. Pero la vida brota de los intersticios de las piedras, renueva su misterio en lo profundo de los valles y hasta

en las cumbres más desoladas y desérticas, el viento glacial hace ondear, como una pálida llamarada, las pajas de la puna.

¡La vida! Nada hay acaso más augusto en su tristeza que la vida en las altas regiones de los Andes. En el desierto la vida es un oasis. En la puna se confunde con la desolación del todo. Es como un acompañamiento de la canción de la muerte. Pero ella no canta; susurra, gime o se recoge en una contemplación indiferente. Los indios, encogidos y herméticos, pierden su mirada sin luz en una lejanía sin esperanza o vagan como sombras con sus rebaños silenciosos entre los pastos amarillos y mustios. Es la vida en su límite extremo, la vida que no es lucha, ni ambición, ni porfía, ni placer, ni dolor sino algo así como un olvido o como una condescendencia de la muerte.

Es admirable la riqueza de coloración que ostentan los cerros. Los hay con vetas moradas, muy poco menos vivas que los ornamentos episcopales, rojas, azuladas. Hay cerros negros, sobre cuyos flancos se yerguen como puños gigantescos unas piedras blancas de formas amenazantes y monstruosas.

Hay cerros ocres, de oxidaciones bermejas, y también cerros a los que cubre íntegramente, como una piel, el verde húmedo de los musgos y en cuyas hondonadas brilla, como un cristal abandonado, una laguna. Y existen sobre todo los cerros lejanos que parecen ingrátidos, que participan ya del azul del espacio y que invitan, con sus perspectivas ilimitadas y remotas, al viaje imposible.

La fisonomía, la expresión, la coloración de los cerros —como todo lo que forma parte del paisaje— se transfigura, se atenúa o exalta por obra de la luz. Cuando el sol los toca de frente, los cerros tienen coloraciones que recuerdan las viejas alfombras de los indios. Cuando los cerros se interponen entre el sol y el valle, su sombra tiene una impregnación azul que confiere a sus masas enormes una apariencia de levedad. Y por fin cuando la luz los hiera oblicuamente, los cerros se ofrecen en toda la caótica grandeza de sus abismos en sombra y de sus radiantes cumbres.

Y lo más importante en este inmenso pliegue de los Andes, con su relieve atormentado y sus cumbres solitarias y desnudas, es que parece revelar una potente voluntad, un empeño titánico de la tierra por subir. ¿A dónde? Empeño doloroso y augusto en que la tierra, como el hombre, sólo conquista la altura en la desnudez y el infinito, en la soledad.

LOS NEVADOS

Nada hay con que comparar la blancura reverberante de la nieve en las cumbres supremas de los Andes. Podría tal vez hablarse de brillo plateado, pero eso no sería bastante para sugerir el esplendor, la pureza inmaculada y casi irreal del espectáculo. La nieve tiene la belleza pura, porque es inmaculada y fría. A veces pienso que la visión indescriptible de los místicos debe parecerse a esta visión. Dios, como la nieve, no tiene accidentes, ni variaciones, ni perspectivas, sino que es la pura luz; y así como el místico se extasía ante esa luz y su visión se pierde en ella, así ante el blanco esplendor de la nieve, se extasían los ojos y la visión se pierde en el abismo de su infinita luz.

En los oídos silba el viento sutil y frío de la puna, ante los ojos extiende la nieve su blancura extática.

Sobre los nevados se cierne una leve nubecilla, tan tenue que se diría sencillamente una ilusión. Los altos picos captan ese vapor y lo condensan y cristalizan en la inmóvil, fría, indiferente realidad de la nieve.

Y más allá el azul, el eterno más allá de la sierra

LA NIEVE

La vispera había caído una copiosa granizada y ahora caía, lentamente, la nieve. Avanzábamos a lo largo de una ladera immaculada y cuya blancura, apenas interrumpida por una que otra piedra negruzca y solitaria, se reflejaba como un eco en los cerros próximos y repercutía aún en los más distantes. La nieve tenía una apariencia esponjosa, y provocaba sentir su caricia que adivinábamos blanda y fría. A veces se acumulaba en pequeñas colinas, otras se adaptaba a los accidentes del terreno o se desbordaba como espuma sobre las aristas de las piedras; más a menudo se tendía como suntuosa alfombra y excitaba el deseo de deslizarse por su pendiente hacia las profundidades de sus resplandecientes abismos.

A medida que ascendíamos, la nieve era más compacta, espesa y de blancura más continua. Poco a poco se va elevando la niebla. Borra los contornos de los cerros, suprime las perspectivas del camino y nos rodea con su manto uniforme. Tenemos ahora la sensación de volar en un medio a la vez inconsistente y denso a través de cuyo semiopaco espesor asoma, pálida y desdibujada, la faz del sol. Es una noche blanca

en cuya difusa vaporosidad se disuelve la luz y se angustia el alma.

Bajo la blanca sábana de nieve se esconde la humilde vegetación de las alturas, y la mano puede extraer, a través de la fría cobertura, una verde hoja de escorzonera o una temblorosa lámina de hichu. En el desierto blanco yacen, aquí y allá, inmóviles y tersas, las lagunas; y alguna vez una ave cruzaba con rumbo cierto, el cielo pálido.

LOS LAGOS

Conservo una memoria ligera y adorable del Lago Maggiore. Eran las seis de la tarde, y en su orilla se detuvo el tren unos minutos. Veo la vaga coloración rosa del cielo y las aguas temblorosas que la copian. Diviso la ribera opuesta, imprecisa, que ya comienzan a acariciar las sombras. Y mi visión se imbibes en un vapor musical.

Cuando recuerdo el lago de Ginebra en Ouchy veo al poniente negruzcos nubarrones que se interponen entre el cielo y el lago. No son, sin embargo, ni tan compactos que obscuran toda claridad ni tan extensos que sus bordes no resplandezcan con una franja de oro. Al otro extremo, sobre el azul profundo de las aguas se inmoviliza una niebla celeste en cuya vaguedad parece flotar levemente la oscura pizarra de los Alpes. Todo este azul vaporoso parece impregnarse en la luz roja del crepúsculo y de ello resulta una exquisita degradación de colores. Bandas de luz pasan a intervalos por los intersticios de las nubes. Y el paisaje se envuelve en un velo sutil de irrealidad.

No sé si es la perspectiva del pasado lo que confiere a estas visiones su vaguedad gaseosa. Lo cierto es que ellas presentan el contraste más vivo con el espectáculo nítido, recortado, metálico de los lagos serranos.



Vista de lejos, en una mañana sin viento, la superficie de la laguna semeja una lámina de acero. Tiene su brillo cortante y frío. Y hay, en la aparente inmovilidad del agua, en su quietud horizontal y silente, algo de amenazante y un no sé qué de maléfico y tétrico.

Hacia la extremidad más distante, la laguna se hunde, como un puñal, entre las rocas, muerde la carne viva de la piedra. Por ese lado el agua, al reflejar la coloración oscura de los cerros, adquiere una sombría profundidad, y algo como un abismo líquido parece abrirse por debajo del cristal invisible. Más cerca la líquida superficie se amplía y resplandece con un metálico resplandor estático. Las aguas devuelven los perfiles de los cerros próximos y difuminan levemente el contorno de los cerros lejanos. En cambio, el azul de las montañas remotas se acentúa y finge, sobre la piel del lago, una nueva y más inasequible lejanía.

No es exacto decir que las aguas copian el paisaje circundante. No lo copian, lo transfiguran al reflejarlo. Y la transfiguración consiste en que, por una parte, le confieren una

temblorosa y flotante idealidad y, por otra, lo hunden en su misterio submarino. Por eso es, sin duda, tan difícil describir la impresión que una sombra, una nube, un árbol, producen al reflejarse en las aguas de un lago, porque a la vez que flotan inconsistentes y se curvan según las ondulaciones que el viento imprime a la superficie de las aguas, penetran a lo hondo e irradian desde allí su mágica y oscura influencia.

Y yo pienso que quizá este doble efecto: por una parte, el reflejo flotante y plano, por otra, la proyección en profundidad, es la causa del sentimiento extraño que se despierta ante las imágenes que tiemblan en el agua. Esas imágenes ocupan un espacio irreal, y en él aprisionan la mirada que las contempla y sigue.

Descendemos a la ribera donde emergen los juncos como ejércitos de innumerables lanceros. Las aguas ligeramente convulsas quiebran en cada leve palpitación, un rayo de luz. Es un inagotable brillo de diminutos soles, un derroche de blancas lucecillas sobre la tranquila planicie del lago.

Cuando al regresar volvemos la mirada, reaparece el aspecto metálico del paisaje. Los perfiles recortados de los cerros, sus oxidaciones color de amatista y, dominando desde su profundidad el espectáculo, la vasta lámina acerada del lago. Y entonces, sin saber por qué, sentimos que toda esta fría inmovilidad es también una vida. La vida fuerte, dura, inmensamente desdeñosa de la piedra. Vida cuyo secreto, acaso, la laguna lo conoce y lo calla.

Hay un mito peruano que revela el profundo sentido con que los antiguos percibían e interpretaban la vida de lo inanimado. Huiracocha, el creador del Sol y de los hombres, emerge del Lago en tinieblas, y de esta suerte, la noche y el agua son como el seno materno, primordial, anterior de donde brotan la luz y la vida.

LOS RIOS

Los ríos en la sierra tienen algo de desesperada tragedia. Corren en el fondo de las quebradas, se esclavizan en el lecho tortuoso y se desgarran en las piedras que a la vez son su camino y su carga.

Los grandes ríos de la sierra van al Atlántico, a través de aventuras incontables. Se precipitan por las angostas gargantas de la cordillera, se retuercen como serpientes entre las masas inmóviles y pétreas de sus silenciosos dominadores, se calman y expanden en los valles y lentamente bajan, en medio a la exuberancia de la selva, hasta el mar. Allí vierten toda su historia, allí fluyen todo el paisaje, toda la tristeza, todos los recuerdos glaciales de la sierra. Allí van a abismarse todos los detritus de la miseria indígena, al Atlántico. Allí van los ríos de la sierra como a una inmensa nada donde todo se purifica y se olvida.

Los ríos mudan de color como la piel de la serpiente cuyos movimientos imitan. Cuando el cielo está azul y luminoso, las aguas de los ríos son transparentes, y las ondulaciones de su corriente brillan con reflejos de plata bajo el sol. A través

de su movable cristal, se ven las piedras que se amontonan en el fondo de sus angostos cauces. Algunas sobresalen, y entonces la piel del río se cubre de niveas y rutilantes escamas. Cuando llueve, la tierra que arrastran los torrentes enturbia las aguas que corren amarillas, lodosas y densas. Más tarde, ya pasada la lluvia, cuando el espacio es de una celeste transparencia, las aguas se purifican y decantan; toman entonces un color de topacio, y parece que con ellas corriera, fluída y rumorosa, toda la luz dorada del crepúsculo.

LOS CAMINOS

Los caminos son, en el espacio, la configuración del destino. Preexisten a nuestra aventura, la incitan y la sirven, pero no la provocan. Los caminos son la materialización de lo posible. Nos conducen a la abolición de la ilusión, pero la restituyen suscitando, por cada realidad que tocamos, un nuevo horizonte de impalpables imágenes. Así los caminos deshacen y rehacen la ilusión del paisaje y son como un puente falaz suspendido sobre el abismo que separa los dos grandes mundos del espacio: el "aquí" donde lo real se petrifica y el inalcanzable "más allá" de la imagen.

La costa es el deseo romántico y doloroso de la sierra, el anhelo que traza los largos caminos y que divisa, más allá de los Andes, en la pura lejanía de la esperanza, el mar.

Los caminos salen de los pueblos, bordeados por tapias rojizas sobre las cuales fulguran como chispas las flores de retama, pasan entre la guardia noble de los eucaliptus, se tienden sobre mares de verdor o de oro y luego, cuando la quebrada se estrecha, toman por la ladera abrupta y se pierden en un recodo súbito.

Hay un profundo parentesco entre los caminos de la sierra y los ríos. Como los ríos, los caminos van al mar, como ellos, siguen las ondulaciones de la cordillera. Son dos existencias paralelas, y así como se corresponden en el destino se corresponden y hermanan también en el paisaje. Durante largas horas divisa el caminante, deslizándose en el fondo del precipicio, la serpiente plateada del río. El río es el inseparable compañero de ruta, compañero que se oculta a veces porque el camino describe una curva muy cerrada o avanza transversalmente a la dirección de la quebrada entre dos muros verticales de piedra, pero que reaparece sin falta murmurando su pétreo melopea.

Los caminos de la sierra están generalmente tallados en la roca viva y así, mientras por un lado se tiene la muralla desigual de la peña, por otro se mira al precipicio. Aquí y allá se levantan los cactus entre las rugosidades de la piedra, alguna flor humilde inclina hacia el viajero su cáliz diminuto y fragante, y a largos intervalos suelen verse los escasos sembríos fecundados por las aguas rumorosas del fondo.

La vista se orienta constantemente hacia la profundidad, y sólo rompen la fascinación del abismo los altos picachos donde resplandece la nieve y que ponen una nota de esplendor distante y supremo entre el cielo sin nubes y la confusa revolución de las rocas.

Por mucha que sea la frecuentación de estos senderos, es imposible evitar al recorrerlos una impresión de vértigo, no sólo

porque se avanza al borde del abismo, no sólo porque la roca es hostil, sino porque es amenazante la perspectiva del camino que se va a recorrer. En efecto sus bruscos zig-zags, al proyectarse en un plano casi vertical, se nos ofrecen como la petrificada trayectoria de la caída y, animándose por momentos bajo el sol implacable, vibran como un latigazo que cruzara frenéticamente la faz de la montaña.

En la sierra, el desnivel constituye la verdadera distancia. Para llegar al puente que imaginamos al alcance de la mano, a la choza de paja que mi caballo parece devorar, necesitamos largas horas de viaje, describir zig-zags innumerables, en una caminata sin término y con la impresión de estar condenados a desandar lo andado, a volver al punto de partida para partir de nuevo sin esperanza de llegar nunca.

Pero se llega al fin. Las imágenes se convierten en cosas y desaparecen del paisaje, mientras en la profundidad, la inagotable fantasía del espacio propone a la contemplación del viajero una nueva visión ilusoria.

Los caminos ondulan interminablemente por desiertos de piedra, y de pronto se extiende, como un vasto abanico de verdor, el paisaje de los valles.

El río parece detenerse y sus aguas sin rumor copian un cielo puro; los cañaverales amarillentos se balancean con tropical languidez; los mangos expanden sobre las charcas verdosas su coposa sombrilla; los plátanos alargan sus grandes

hojas grávidas, y todo se divisa desde lo alto del camino como una cálida y cercana promesa.

Poco a poco, casi insensiblemente, nos va envolviendo el vaho de los pantanos en el que se disuelven los perfumes de los árboles frutales, y al fin, junto al viejo y distante compañero de viaje, el río, gustamos la voluptuosidad del perezoso olvido.

Pero el camino es inexorable, como el destino. Tenemos que volver a subir para bajar de nuevo, pasar quizá por otros valles, hasta llegar, por fin, bajo un cielo pálido, a la playa desértica y al mar. . . Al mar, como la vida, inestable y perenne, límite y comienzo infinito, visión, ilusión, nostalgia que orienta el sueño de la sierra.

Hay en Huancayo un camino que tal vez le sería grato a Alberto Ureta, porque "no lleva a ninguna parte". Es el camino a "San Fernando". Y "San Fernando" no existe. Es un lugar imaginario, un nombre inventado por alguien que tenía interés en construir un camino inacabable y que acertó a signarle como término de llegada un punto inexistente. Así los kilómetros se agregarían a los kilómetros sin que jamás pudiera decirse que el objetivo del camino —la fabulosa montaña de "San Fernando"— había sido alcanzado. Porque lo que no existe está muy lejos. Y de esta suerte el camino a "San Fernando" se convierte en el símbolo irónico de todos los caminos; porque ningún camino lleva a ninguna parte y todos conectan un punto cierto y triste, con la ilusoria, fabulosa lejanía de la esperanza.

LAS PIEDRAS

Las piedras constituyen el lecho de los ríos y se acumulan en sus riberas. Reliquias de un pasado torrencioso y fluvial, se desparraman por las laderas y yacen aquí y allá, solas o amontonadas, por toda la extensión de las llanuras. Las hay de todos los tamaños, colores y formas. Piedras inmensas como los monstruos antediluvianos y que sobresalen amenazantes de las peñas que las sustentan, o diminutas cual insectos y cuya muchedumbre suele tapizar los caminos como una alfombra; piedras pulidas por la continua caricia de las aguas; piedras de formas geométricas y abstractas, y otras puntiagudas como astillas o afiladas como las hachas prehistóricas. Hay piedras azules, rojas, grises, pardas, veteadas y con reflejos de oro; y otras de cuarzo o de granito que se blanquean al sol como los cráneos de los cementerios abandonados.

Hay piedras de apariencia doliente, semejantes a estelas funerarias, y campos enteros que parecen sembrados de tumbas. Hay piedras solitarias, abandonadas por sus compañeras en alguna remota aventura geológica, y "piedras cansa-

das", saikusca rumi, que los conductores indígenas no pudieron elevar, a causa de su peso excesivo, hasta las cumbres, donde levantaban sus fortalezas y que se quedaron en las faldas como testigos taciturnos de una alma poderosa y extinta.

Existen piedras que son toda una historia geológica; algunas ostentan, como un sello, las huellas eternas de la vida, otras comprimen en un pequeño espacio un largo proceso de estratificación. Las capas se superponen separadas generalmente por erosiones que acusan siglos de inmovilidad. Y es en verdad emocionante contemplar todo este inmenso pasado ignorante de sí mismo, irrevocable y presente, toda esta vida de la piedra, de ritmo tan lento, de palpitations tan imperceptibles que apenas si las llega a sospechar nuestra superficial contemplación.

Los torrentes que bajan por las quebradas revientan en espumas al chocar con los pediones de su cauce, los cuales parece que quisieran detener su corriente, pero tan sólo la bifurcan y suscitan irisados y rumorosos remolinos. Las superficies de las piedras humedecidas brillan al sol, con brillo que acentúa el duro aspecto de sus masas informes. Y nada me ha parecido tan triste, tan hostil como el destino de estas piedras, arrojadas al fondo del abismo, bajo el azote de las aguas glaciales. Sin camino, inmóviles, inertes, inútiles no hacen sino llorar, sin término, la tragedia de su existencia igual.

Mucho antes de divisarlas cye el viajero el monótono estruendo de las aguas al romperse entre las piedras. Mucho después de haberlas dejado, todavía le sigue el fragor invisible, y es como si ese ruido igual impregnara el paisaje entero y dijera un “para siempre” implacable no sólo a las piedras del fondo, sino a todas las cosas, a toda la vida.

Para los indios peruanos —sobre todo para los antiguos— las piedras no son simples objetos inanimados, meros cuerpos inertes arrojados aquí y allá por la mano de la naturaleza, sino que están dotados de una vida profunda y poseen una poderosa influencia mágica. Como es sabido, los antiguos peruanos señalaban sus lugares sagrados con grandes piedras o montones de piedras y ellas mismas, chicas o grandes, solas o en montículos eran generalmente huacas o conopas, es decir, cosas sagradas, focos misteriosos de influencia, objetos de veneración y de temor. Cuando emprendían un viaje marcaban el punto de partida con un montón de piedras, de cuya conservación o dispersión dependían el éxito o el fracaso de la empresa. Montones de piedras señalaban el comienzo y el fin de las rutas y también se elevaban en las orillas de todos los caminos, y no eran simples señales, hitos, cercas, sino algo así como el asiento o la corporificación de númenes vigilantes, custodios de los caminos y guardianes del secreto destino de los viajes. Siempre que atravesaban cargados algún paso difícil de la cordillera o coronaban una alta cumbre, deponían

su carga y ofrendaban a la divinidad —Huiraccocha, Pachacamac o el Sol—, como símbolo de veneración y gratitud, una piedra, que iba a agregarse a otras mil ya ofrecidas por otros caminantes. Así se formaban las apachetas, montones sagrados de piedras, con cada una de las cuales los indios depositaban, junto con su fatiga, la sumisión anónima de su vida ante el destino. Y así, comparables a agentes geológicos, los indios añadían —como la más auténtica expresión de su alma— otras piedras a la corteza de los Andes. Y las piedras tenían además una cierta influencia en la prosperidad de los sembríos. Acaso se pensaba que dirigían o vigilaban el curso de las aguas, o quizá que ejercían atracción sobre las lluvias. Cumpa o compa llamábanse unas piedras largas y angostas que se ponían paradas en las acequias de regadío y a las cuales se tributaba adoración y se ofrecían sacrificios como a huacas, antes de los sembríos y después de las lluvias.

Considerando la importancia de las piedras en el paisaje de la sierra y la significación religiosa y mágica de sus acumulaciones, pienso a veces que estos montones sagrados han sido el germen del sistema arquitectónico de los indios serranos. En efecto, todas sus construcciones, desde los monumentos funerarios hasta las grandes fortalezas, no eran sino conjuntos de piedras superpuestas, montones más o menos estilizados y en que la forma final del arte no violenta, no presiona exteriormente el material sino que lo aprovecha y configura respetándolo, condescendiendo con sus afinidades na-

turales. Por eso en estas construcciones ciclópeas hay una mezcla indecible de naturaleza y de artificio, como si fueran una nueva época geológica o, mejor, una prolongación vegetativa de la "vida rupestre".

Y en fin se diría que hay una armonía preestablecida entre las construcciones megalíticas de los indios y el paisaje que las circunda, como si la misma fuerza cósmica que configuró el pliegue de los Andes, hubiese también asentado sobre sus cumbres, estas prodigiosas acumulaciones de peñascos.

Así como las piedras son la nota dominante en el paisaje de los indios, así la imagen de la piedra constituye también el tema principal de su fantasía mítica; lo cual quiere decir que entre la psicología profunda del indio y la piedra existe una fundamental y desconocida afinidad. Y quizá si en esta deificación primaria de la piedra, en esta vivificación mística de lo inanimado, nos brinda el indio taciturno una enseñanza metafísica; la vida es universal y omnipresente, y todo es germinal, y en todo —hasta en las piedras abandonadas y al parecer inertes— pulsa el alma y duermen ocultas las potencias.

Las metamorfosis más significativas de los mitos indígenas consisten en transformaciones de hombres en piedras y de piedras en hombres.

Huichana, medio hermano de Pachacamac, pues ambos son hijos del Sol, solicita y obtiene de éste que convierta en piedras a los hombres por creerlos complicados en la muerte

que Pachacamac, dios de los oráculos, ha infligido a la madre de Huichana, héroe vengativo y errante. Más tarde, arrepentidos el Sol y Huichana, con el objeto de aplacar los manes de los hombres petrificados, los declaran divinidades y erigen en huacas —cosas santas— las piedras y las rocas en que quedaron convertidos.

Huiracocha aparece sobre el lago Titicaca y crea una primera generación de hombres; hombres de las tinieblas porque todavía no existe la luz. Esta generación peca, y entonces Huiracocha convierte los seres humanos en piedras. Más el dios surge otra vez del lago, crea el sol y las estrellas, y hace la segunda generación de hombres con piedras que tienen apariencia humana. De tal suerte, en este mito, se advierte algo así como un parentesco sustancial entre el hombre y la piedra. El hombre es piedra y la piedra tiene en sus entrañas el germen de una nueva humanidad.

Huiracocha bajo sus distintos nombres: Tonapa, Pachayachachi, etc., convierte pródigamente a los hombres en piedras, hasta tal punto que las laderas y llanuras están sin duda sembradas de los venerables antepasados de la raza, petrificados para siempre en la apariencia, pero que el mismo Huiracocha puede quien sabe reanimar alguna vez. Y esta será la tercera generación de los indios.

Por último debe recordarse, como expresión de esta profunda tendencia a la humanización de las piedras, por una parte y a la petrificación de los hombres por otra, de esa ten-

dencia que, como ya lo dijimos, domina en cierto modo la fantasía mítica de los indios y que, en consecuencia, expresa la especial idiosincrasia de su sentimiento de la vida, la leyenda de los hermanos Ayar.

Son muchas las versiones de esta leyenda, pero en todas encontramos que se convierten en piedra, ya un hermano solo, Ayar Uchu, ya dos de ellos, Ayar Uchu y Ayar Cache, con el agregado importante de que la petrificación es un signo de divinidad y un título a la veneración. Al transformarse en piedras o en rocas, los Ayar se convierten en ídolos y dominan, como dioses, desde la montaña en que se yerguen.

Y he aquí que, en cierto modo, la piedra es el principio y el fin del hombre. El hombre es hecho de piedra y se convierte en piedra por la voluntad de los dioses. Por eso sin duda hay en el alma de los indios, una como concreción geológica, reliquia del pasado o anuncio de la futura reíntegración en la materia primitiva.

Las piedras son, en las serranías, terribles instrumentos de muerte. Los indios las emplearon siempre con eficacia contra las montoneras enemigas o contra el invasor extranjero. Las galgas son las piedras que se lanzan desde la cumbre de las montañas sobre los enemigos que avanzan por el desfiladero y que son irremisiblemente aniquilados. Unos caen sobre el camino, triturados por las moles que se despeñan con violencia creciente, otros son precipitados al abismo; todos o

casi todos perecen, sin que nadie pueda oponer defensa ninguna al ímpetu destructor de las galgas. Y no se sabe si esta mortífera utilización de las piedras por los indios se debe a que las tienen a la mano o a que creen que en ellas sobreviven, para defenderlos o vengarlos, los espíritus de sus antepasados prehistóricos.

Cuando se llega a Cajamarca por el Cumbe, se divisan, muy lejos, recortándose en la pureza del espacio, unas enormes piedras cuyo aspecto recuerda vagamente las figuras de los frailes franciscanos encapuchados. Por eso las llaman frailonas. Era un proyecto de los muchachos de Cajamarca llegar hasta ellas, pero estaban muy lejos y según se decía eran casi inaccesibles.

Columnas que no sostienen nada, imponentes, yeráticas como sacerdotes inmobilizados de un culto perdido, esas piedras fueron seguramente dioses, ídolos, huacas, despertaron sin duda el terror, el respeto y acaso también el amor y la esperanza. Hoy estas piedras cadavéricas guardan, olvidado, el recuerdo de su lejana vida y no tienen más alma que su triste materia.

LAS VOCES DEL PAISAJE

El paisaje de la sierra es silente, y si se quisiera hablar en paradoja podría decirse que el lenguaje de la sierra es el silencio. En su mudo recogimiento, en su callada soledad están su misterio y su mensaje.

Pero el silencio, como un gran lago inmóvil, suele tener palpitaciones breves coronadas por la espuma de una voz, de un murmullo, ondas lejanas que traen ecos vagos, rumores flotantes que se hacen y se deshacen sin turbar la esencial inmovilidad de sus capas profundas. Y así, las voces del paisaje serrano son como emanaciones del silencio, y nacen, sueñan y pasan impregnadas en su fluido arcano.

La algarabía matinal de los pájaros transmuta, en su estridencia afirmativa, libre, soberana, el nacimiento de la luz. El balido de las ovejas tiene la tierna desesperanza de las húmedas y solitarias campiñas. Y toda la apacible tristeza, la nostálgica serenidad de la tarde después de la tormenta, parecen exhalar en las voces distantes con que las pastoras que se quedaron aisladas en las punas, en las orillas de los ríos, o en las desamparadas vertientes, se llaman y responden. Esas

voces, esos largos gritos atraviesan lentamente el espacio y van al confin invisible donde suscitan otras voces, resonancias humanas, coro unánime, alma dulce y triste de la paz en que palpita, como la sombra en la cristalina claridad del crepúsculo, una nota de angustia.

El viento zumba a lo largo de las quebradas, silba en las pajas de la puna y suscita, al agitar las ramas de los eucaliptus, el majestuoso rumor del mar.

A veces he pensado que, quien sabe, si en esta voz interminable del viento, dice su confidencia metafísica el alma de la sierra. Siempre han creído los hombres que el alma era viento, soplo, siempre recibieron las palabras oraculares y proféticas como inspiradas, infundidas por un aliento divino, y la vida misma la consideraron como algo que Dios infunde con un soplo. El aire —pneuma, atma— como soplo de vida, como vehículo de revelación, como sustancia mágica de la voz, es sagrado, y por eso lo que él nos dice tiene toda la verdad ininteligible y oculta de los viejos oráculos.

El viento y el río son los músicos de la nota única. La voz del viento es el alarido de un dolor sin remedio. La voz del río es también una queja, pero resignada, sumisa; sumisa al destino que condena sus aguas a correr para siempre jamás por el mismo camino profundo, angosto, pedregoso, y hacia la misma nada.

Sólo el trueno es detonante y violento. El trueno es la gigantesca crepitación del rayo, y se prolonga y refuerza al

repercutir en las montañas. Su poderosa vibración conmueve la silenciosa inmovilidad de los cerros, y es como si entre ellos rebotara una mole sonora y espantable. Y sin embargo, el mismo trueno se pierde al fin devorado por la persistente mudéz de la altura.

Las voces del paisaje son lejanas y vivientes. Como las imágenes de la visión emergen en la zona distante donde nunca estaremos. Y así como la imagen, luminosa, esplendente, lanza un rayo secreto de sombra, así las voces del paisaje traen en su efímera sonoridad, un mensaje callado.



EL PAISAJE QUE NO SE VE

Las montañas limitan el paisaje, lo cierran, mas al propio tiempo, hay en esas montañas azulosas, no sólo la invitación a escalarlas, sino la promesa luminosa de un nuevo horizonte.

Sabemos que ese cielo celeste, que ese distante mar verde nilo se curvan sobre un paisaje que no vemos, sobre la vertiente inexplorable, sobre el valle cálido, acaso sobre el mar que lleva al Asia, quizá sobre la selva que atraviesan silenciosos y solemnes los grandes ríos amazónicos.

El alma no sabe qué hay más allá, y viaja hacia el oriente de la poesía, planea bajo cielos desconocidos y retorna con la visión de lo que no ha podido ver.

Detrás de las montañas se tiende el fondo invisible pero presente del paisaje serrano. La selva, el mar, los valles, que vienen a diluir su acorde ignoto en el silencio de la sierra.

LA SIERRA ES NUESTRA REGION METAFISICA

La sierra es profunda, misteriosa, solemne. De sus cerros abruptos, de sus cálidos valles, de sus bosques sombríos, de sus flores humildes, de su fauna pensativa y paciente emana yo no sé qué mensaje impenetrable, yo no sé qué revelación de fuerza dolorida y grande.

La pura luz del sol baña la atormentada geología de los Andes y horada la profunda oscuridad de sus abismos. Nada turba la imponente quietud de su desolación, y sólo el viento silba su larga nota aguda. Es la esplendente inmovilidad de la naturaleza, la calma fría donde el pensamiento se pierde y la emoción vacila entre la indiferencia y el asombro.

El paisaje de la sierra es esencialmente solitario y mudo; no está lleno, como la selva del rumor de la vida. El viento, el agua, algún grito aislado y hasta el estruendo de los ríos torrentosos que corren en el fondo de las quebradas y cuya pétreo resonancia suele subir hasta las cumbres, apenas si desfloran la superficie del silencio. Y todo sigue mudo como si fuera la eterna meditación del Cosmos. El trueno, el fragor de la tormenta son como un incendio en medio de la noche.

Fulguran un instante y luego se apagan y disipan, mientras la tierra pensativa se ensimisma de nuevo en su secreto taciturno.

Y así, como en la faz de las estatuas egipcias, un más allá se inmoviliza en el hermetismo de su rostro de piedra.

Si toda forma es expresión, si en toda imagen se contiene una vida, si en toda apariencia irradia un más allá, ¿qué expresa la sierra, qué vida se contiene en la policromía de sus imágenes, qué luz irradia en la luz de sus días y en la profunda sombra de sus noches?

El lenguaje de la naturaleza es sibilino. Podemos acaso transcribirlo en las pálidas formas de la palabra humana, pero su sentido su íntimo sentido, ¿quién lo podrá decir?

Sin duda que nadie lo podría decir, pero acaso lo sabe el alma que vivió ese paisaje y en él configuró su más íntimo sentimiento de la vida: el alma arcaica del indio.

Porque hay entre el paisaje y la visión desprevenida e infantil del hombre primitivo una verdadera continuidad vital. El alma configura en el paisaje lo que no tiene forma, ve lo invisible; y el paisaje a su vez le envía sus imágenes con una luz en que se mezclan la claridad del espacio y la irradiación difusa del alma. Y así en esta continuidad vital hay una tensión entre la lejanía inasequible de las imágenes y los impulsos elementales del alma. Lo lejano es lo íntimo, lo visible es

lo invisible. Y el paisaje en su inmensidad y en su riqueza, la transfiguración luminosa del abismo sin luz.

Por eso el indio arcaico, en continuidad vital con las imágenes de su paisaje, ve en ellas la configuración de su arcano informe. Pero por eso mismo su sabiduría, como la sabiduría secreta de la tierra, ignora todavía los signos de la palabra hablada.



VIAJE AL PERENE

A las cinco de la mañana partimos de Huancayo. La noche se disuelve en un claroscuro donde las sombras, como fantasmas, tienen una vida inconsistente. Poco a poco se transfigura el paisaje bajo la luz violeta del amanecer. Brilla el Mantaro como un desgarrado ornamento, y en lo lejano donde la quebrada se abre y los cerros se pierden, clarea un cielo exquisito de acuarela.

Atravesamos hondonadas y lomas amarillas totalmente cubiertas por el rastrojo de los trigales recién segados. Más tarde dominamos la puna que envuelta en silencio y ensombrecida por la niebla, muestra, imponente, su majestad desértica. Descendemos ahora por una quebrada sinuosa y vemos los sembríos que se cultivan en andenes — restos acaso de los que existieran en tiempos antiguos. Poco después llegamos a Tarma, ciudad de poesía sosegada a la que prestan un encanto romántico los sauces negros y los altos eucaliptus que la circundan.

Se sale de Tarma por una larga avenida que bordean estos árboles tristes, y poco después, a la izquierda, se nos ofre-

cen deliciosos paisajes que tienen por fondo las montañas rojizas. Pasan idílicos rincones, humildes casitas rodeadas de sauces, y también misteriosos bosques cuyo verdor umbroso pone sobre los campos una nota pensativa y solemne.

El sol despierta el concierto de los colores y dirige desde el cielo profundo la marcha lenta de las sombras. Suscita aquí una nota estridente, allá mantiene en el silencio la voz impaciente de las cosas. Y así prepara, sin premura, los nuevos efectos de su prodigiosa orquestación.

Proseguimos por una angosta garganta cuya salida no se ve, porque por todas direcciones yerguen los cerros sus moles desnudas. Hay rocas de coloraciones sangrientas, violetas, ocre, blancas. A todas les da un aspecto agresivo la extrema irregularidad de su relieve. Parecen las inmovilizadas crispaciones de la tierra. Y hay algo que confiere a los cerros la apariencia de la carne viva: son las huellas de los efímeros torrentes, las profundas erosiones que, como si fuesen una herida, dejan al descubierto la entraña de la piedra.

Se desciende constantemente, pero como la quebrada se deprime, resulta que la carretera, después de avanzar unos kilómetros al nivel del Tarma —riachuelo espumoso que se desgarrá ruidosamente entre las piedras— serpentea siguiendo las sinuosidades del barranco a una altura que varía entre los doscientos y los quinientos metros sobre el fondo del vertiginoso despeñadero. Se ha tallado el camino en una áspera roca, y de tal modo que la impresión que se recibe de la

profundidad se acentúa con la que viene de la altura, porque la peña se inclina sobre la carretera como si fuera a desplomarse, y forma a veces verdaderas bóvedas y unas como cavernas que infunden un sentimiento vagamente comparable al que despierta la silente oscuridad de las catedrales.

Y así avanza el auto por el camino estrecho rozando por un lado la roca y a unos cuantos centímetros del vacío por el otro. Lo súbito de los zig-zags, lo inesperado de los recodos nos dan la ilusión de que el automóvil enfila hacia el abismo, y tantos repentinos virajes renuevan con rapidez caleidoscópica las perspectivas del paisaje.

El tramo más peligroso por lo estrecho, sinuoso y elevado lleva por nombre "mala alma". Y tiene una negra historia de accidentes fatales. Innúmeros viajeros, traficantes, agricultores, choferes han rodado despedazándose por estas peñas. Familias enteras han encontrado la muerte en estos silenciosos abismos. Como quiera que muchos pasajeros de los camiones viajan sobre los bultos de mercancías o aferrados a los travesaños de la carrocería, sucede que en un viraje súbito o al saltar el vehículo sobre los baches del camino, son triturados entre el carro y la roca o despedidos, para no volver más, al precipicio. Algunas veces nadie los ve caer, y sólo se conjetura que han perecido cuando se les echa de menos al término del viaje.

Al recorrer estos parajes me contaban una historia llena de un pathos extraño. Historia en que se siente al mismo

tiempo que la gravitación de la fatalidad, una como misericorde preservación del destino. Viajaba una familia de Tarma a Chanchamayo en un automóvil manejado por uno de los choferes más conocidos, seguros y expertos de la región. En cierto sitio donde fluía un arroyo, el chofer detuvo el automóvil con el objeto de renovar el agua de su máquina. Dejó su asiento y fué a apoyarse sobre la caja del motor. Ahí se quedó inmóvil como si la estuviese examinando. Entonces uno de sus pasajeros lo llamó instándole a que continuase el viaje, pero el chofer ya no podía oírle porque estaba muerto. Si la muerte del chofer se adelantaba o retrasaba unos instantes, perecían todos. Y así el destino o la casualidad insertó la muerte de uno solo en el estrecho espacio que, como una tabla en medio del naufragio, sirvió de refugio incierto a la vida de todos los demás.

Más o menos a los ocho mil pies de elevación sobre el nivel del Atlántico, dejamos a nuestras espaldas los últimos eucaliptus de la sierra y la piedra desnuda se entrega a su inmóvil orgía. A los seis mil pies los cerros se revisten de una piel vegetal y a los cinco mil comienza a insinuarse la vegetación del trópico. La naturaleza es cada vez más excesiva, femenina y suntuosa.

El hombre de la sierra acostumbrado a ver los cerros pelados o a lo más, recubiertos por los amarillentos pastales de la puna, se admira ahora al verlos desbordados por la vegetación. Apenas si quedan al descubierto la senda y una que otra

mancha de tierra colorada. Helechos gigantescos extienden sus ramas triangulares sobre nuestras cabezas y a veces las arrastran por tierra, descuidadas. Los guayabos, los marañones, los oropeles de hojas de púrpura, las cucardas y las profusas floraciones amarillas, blancas y lilas de las ceibas se entreveran y cubren de una vida abigarrada, rumorosa y ardiente toda la desigual superficie.

En las riberas del río crecen los cañaverales, los plátanos, y a la sombra protectora de los pacaes, abren los cafetos su ramaje esquelético. Vamos avanzando en medio a la cálida vibración de un nuevo mundo, y al fin divisamos —como un anuncio de la selva— la primera tagua, la palmera del marfil vegetal que curva con gracia sus ramas inmóviles en el cielo puro del Oriente.

¡También nosotros tenemos nuestro Oriente, nuestra Asia donde se refugian nuestros sueños falaces de opulencia, de misterio y de fábula: la Montaña!

El continuo verdor sólo es interrumpido por los trechos en que, con el objeto de habilitar terrenos para el cultivo, se han hecho rozos, es decir, se ha quemado la vegetación por la mano del hombre. En esos espacios cubiertos de ceniza emergen, como muñones, los troncos sin vida; y esta es acaso la única cosa verdaderamente muerta que mancha el esplendor del paisaje, que disuena en el coro dionisiaco de la selva.

San Ramón y la Merced son pueblos sin poesía que nos apresuramos a dejar para proseguir el viaje rumbo al Perené.

Ahora el camino sigue la quebrada del río Paucartambo; las curvas que describe son todavía más cerradas, y aunque menos elevado sobre el fondo del precipicio, es de un trazo más peligroso que la gran carretera de Tarma a Chanchamayo: Tiene secciones como la del Río Colorado en que la senda es tan estrecha y sinuosa que sólo una gran pericia del chofer puede evitar una catástrofe. Tras un breve descanso en el campamento de la Peruvian Corporation, reanudamos la marcha hasta llegar a las márgenes del río, que son el punto final de nuestra ruta. En este trayecto encontramos, no sin cierta emoción, los primeros salvajes: un campá con su coya y su hijo.

Nada hay más triste que el aspecto de los campas del Perené. Cubiertos con sus cushmas de color sombrío azafrañado, con las caras pintadas de achiote, vagan por los campamentos y acuden los domingos a los mercados de los pueblos. Allí donde la pintura deja la piel al descubierto se ve la palidez de la anemia, y en la pereza de los movimientos, la dejadez de una raza en decadencia.

Estos hombres no son ya los hombres primitivos, hijos directos de la naturaleza y animados por el ritmo de su vida potente; son hombres secundarios, contaminados de civilización pero sin que una nueva forma vital haya configurado de manera eficaz y armoniosa, sus instintos e impulsos.

Hace algunos años los campas del Perené fueron diezmos por una epidemia de sarampión que de mil a mil quinien-

tos que eran los redujo a quinientos. Los hombres morían no sólo como consecuencia directa del mal a cuya devastadora propagación no oponían ninguna práctica de higiene, sino como resultado de las neumonías ocasionadas por su invencible tendencia a arrojarse al río para aliviar el ardor de la fiebre. A propósito de esta epidemia nos referían que los salvajes nunca atribuyen sus enfermedades a las causas impersonales que nosotros les asignamos sino que las consideran como el efecto voluntario de alguna intención maligna. Por eso les interesa descubrir al hombre, mujer o niño autor del maleficio, especialmente cuando se trata de grandes flagelos. Y como creen en la adivinación, acuden para lograrlo a los adivinos o brujos de la tribu. Estos se embriagan y anestecian con coca y alcohol para entrar en trance, y ya en él, designan al desgraciado, causa directa del flagelo y que, en beneficio común, debe ser sacrificado. Y lo más espantoso del caso es que, generalmente, la víctima que el brujo designa es un niño, el cual debe morir para que no perezcan los demás. Y así éste no es un sacrificio religioso, no es una ofrenda al dios; es una sanción y un medio de defensa.

Llegamos a la orilla del Perené al caer la tarde, cuando ya comienza el rumor nocturno de la naturaleza. El río corre a unos quince metros por debajo del borde del barranco donde nos hemos detenido. Nos dicen que en tiempo de creciente las aguas suben y se desbordan sobre la planicie donde crecen los guayabos y los árboles del pan.

A la ribera opuesta se levanta otra cadena de colinas cubiertas de bosques y que ya comienzan a impregnarse de sombra. Estamos muy lejos todavía de la planicie amazónica, de la verdadera selva, y ésta no es sino la zona de transición entre la sierra desigual y pétrea y el puro mundo vegetal de la montaña. Todavía extienden los Andes, como tentáculos, las últimas derivaciones de sus ramales orientales, pero que ya están dominadas, sepultadas por la vegetación. Y la poesía de estos parajes está, no tanto en ellos mismos, cuanto en que son como las avanzadas de una tierra inaccesible; la montaña real, impenetrable, estéril en su prodigalidad, inhabitable en su abundancia, hostil y enemiga del hombre, la pura naturaleza en el desborde de una vida inhumana y espléndida.

Pasamos la noche en el campamento de la Peruvian donde los hermanos Valle Riestra nos brindan una gentil hospitalidad. Los Valle Riestra conocen admirablemente la región y, sobre todo, saben lo que se dice de las zonas inexploradas e inciertas donde la fantasía puede aún desplegar la inconsistencia de sus alas. Nos hablan de manantiales de agua hirviente, de cataratas fragorosas, de altos caminos vertiginosos tallados en los flancos de otras abruptas cordilleras. De las tierras donde habitan los amueshas, los piros, los sacuyas, del Gran Pajonal y de la legendaria región del Ipoqué, regada por el Ipoquiru que traducido del campá significa "el río que viene de las estrellas". Y al abrirse a la mente estos

espacios, este más allá que acaso nunca tocaremos, siente el espíritu la invencible fascinación de su lejanía y su misterio.

En ninguna parte como aquí, en la selva, se ofrece con mayor evidencia el carácter esencialmente maternal de la tierra. La tierra da a luz con prodigalidad milagrosa las formas inagotables de la vegetación, a todas las alimenta con su savia inmortal y en todas parece que infundiera algo como el calor de una palpitante ternura.

Y he aquí como la montaña parece también revelarnos que, tal como lo pensaban los antiguos, el profundo secreto de la vida es de naturaleza vegetal. La vida vegetal es germen e inconsciente floración, incesante morir e incontenible renacer a través de la muerte, y ¿qué otra cosa es toda vida sino un prodigarse sin fin, un florecer para morir y renacer, un algo que se va y que vuelve?

Los seres vivos son parásitos los unos de los otros y todos, aquí como siempre, son los parásitos de la madre. Las mariposas nacaradas, los pájaros suntuosos, las fieras que se agazapan en la sombra, las hormigas devastadoras e irresistibles conviven con los vegetales en la misma exaltación vital, participan con ellos en el mismo cálido y misterioso aliento. Los árboles que se pudren en las charcas y cuya descomposición alimenta las futuras floraciones, los animales que se entredevoran y cuyos cadáveres son instantáneamente consumidos por los vivientes, todo brota y se muere en la orgía de un mismo colosal parasitismo. Y la unidad, la gran unidad sinfó-

nica de la vida resuena en esta orgía sin fin de la selva, cuya innúmera variedad de formas, cuya algarabía de gritos y rumores, cuya policromía inagotable están dominadas por el ritmo profundo, la pulsación poderosa que sube desde el húmedo seno de la tierra.

La selva absorbe al hombre y se diría que lo vuelve vegetal como ella. En la cabecera de un puente tiene su casa Grossmann, viejo austriaco de setenta años, que ha pasado treinta en la montaña. Dicen que en su empeño por huir de la vida civilizada o, mejor, por reintegrarse en la pura naturaleza primitiva, este hombre tomó por mujer a una campá y se fué a vivir con ella entre los campas. Parece que éstos, no habituándose a la compañía del europeo lo hostilizaron a tal punto que, no obstante su rara vocación, hubo de dejarlos. Y desde entonces Grossmann y su familia, que disfrutan de una pequeña pensión y de una casa rústica, vegetan hasta que la muerte se lleve al viejo excéntrico. Grossmann se dedica a atrapar mariposas y otros insectos que vende a los coleccionistas. Y así pasa sus días iguales sin deseo ni esperanza de cambiarlos.

Grossmann no es el único. Hay muchos otros voluntariamente segregados de la civilización, del comercio verdaderamente humano. ¿Es que estos hombres vienen a sepultar la tragedia de su vida aquí en la profundidad de la selva y a adormecer un recuerdo lacerante en su indiferente esplendor? ¿Es que desprecian la civilización y se reintegran a la natu-

raleza como a un vasto seno materno? ¿O es que, temperamentos débiles, se dejan, al igual que los caminos abandonados, invadir por la maleza y abdican para siempre ante el sopor del trópico? Nadie lo sabe, porque estos solitarios son herméticos y es seguro que en cada cual se encierra un problema particular. Pero es indudable que la selva posee un extraño poder de captación que, actuando como un anestésico, embota así el dolor como el entusiasmo y condena a los seres predispuestos a una laxitud sin término.

De todos modos, la existencia de estos hombres plantea, en términos de particular intensidad, el gran problema filosófico y vital del retorno. ¿Es que el hombre puede verdaderamente reabsorberse en la naturaleza, sean cuales fueren sus desengaños o sus designios, o deberá conservar hasta en los rincones más salvajes y ocultos, sus viejas estructura de civilizado y ser como una ruina que la vegetación recubre sin transfundirle su savia ni comunicarle el secreto de su inconsciente floración?

El alma es una atmósfera y la respira el reino vegetal de las imágenes. Es oscura pero en ella fulgen, impalpables, las presencias distantes y propagan, con su luz, la misteriosa pulsación de su vida.

Retornar es recoger el camino como un hilo, y entregarlo al alma para la trama de los sueños. Es transfigurar el viaje, convertir sus visiones en lejanías inalcanzables y el anhelo en

nostalgia. Retornar es abolir la realidad de las cosas para suscitar, en el mundo irreal de la visión, la fantasía de la imagen.

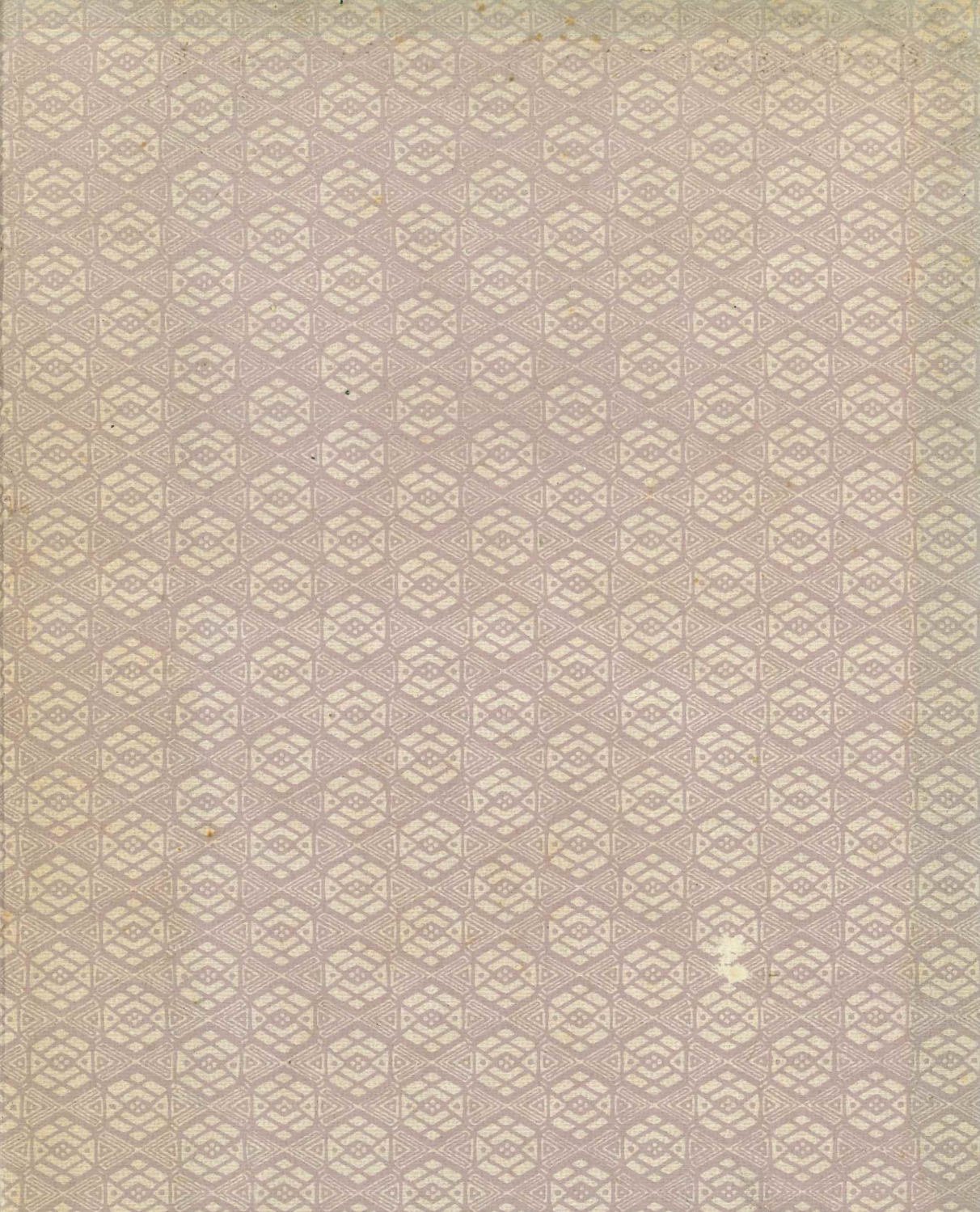
Las selvas del Perené, irradian ahora, más allá del horizonte visible, en el espacio crepuscular de la evocación, y brillan con una luz que no tuvieron. Es que ya son lejanas. . . Mas hay por desgracia en el sentimiento con que son evocadas, una inquietud sutil, un descontento vago aunque profundo, porque en su lejanía hay algo de convencional, de ficticio, de falso. Sabemos que esas selvas están a nuestro alcance, que sólo nos separan de ellas unas cuantas horas de velocidad y de peligro.

El hombre moderno va despojando de resonancia y de sentido esta palabra estética y sagrada: lejos. Ha suprimido el espacio, y como entre éste y el alma hay un arcano parentesco, está también eliminando el alma y reemplazando la lejanía de la visión que dilata la vida por la tiranía invisible y mecánica de lo inmediato inanimado.

INDICE

	Pág.
Introducción	3
Mito y Paisaje	9
El Ritmo del Paisaje serrano	17
La Noche	19
La Luz	21
La Luna	25
Las Nubes	27
La Lluvia	31
Los Eucaliptus	33
Los Cactus	35
Las Flores de Retama	37
Los Pueblos	39
La Cachua en Cajamarca	43
La Música del Indio	45
Los Cerros	47
Los Nevados	51
La Nieve	53

Los Lagos	55
Los Rios	59
Los Caminos	61
Las Piedras	65
Las Voces del Paisaje	73
El Paisaje que no se ve	77
La Sierra es nuestra región metafísica	79
Viaje al Perené	83



IBÉRICO
EL
PAISAJE
DE LA
SIERRA

Zoila Miranda de Ibérico